

que confundir las violencias sindicalistas ejercidas en el curso de las huelgas por proletarios que desean el derrocamiento del Estado con los actos de salvajismo que la superstición del Estado inspirara a los revolucionarios del 93 cuando el poder estuvo en sus manos y pudieron así oprimir a los vencidos, ateniéndose a los principios recibidos de la Iglesia y de la realeza. Y tenemos el derecho de esperar que una revolución socialista, llevada a término por sindicalistas puros, no ha de mancharse con las abominaciones que macularon las revoluciones burguesas.

CAPÍTULO IV

LA HUELGA PROLETARIA

- I. — *Confusión del socialismo parlamentario y claridad de la huelga general. Los mitos en la historia. Prueba experimental del valor de la huelga general.*
- II. — *Investigaciones realizadas para perfeccionar el marxismo. Modo de esclarecerlo partiendo de la huelga general: lucha de clases. Preparación para la revolución y ausencia de utopías. Carácter irreformable de la revolución.*
- III. — *Prejuicios científicos opuestos a la huelga general. Dudas sobre la ciencia. Partes claras y partes oscuras en el pensamiento. Incompetencia económica de los parlamentos.*

I

Todas las veces que se intenta formarse una noción cabal de las ideas vinculadas con la violencia proletaria, es preciso referirse a la huelga general; pero la misma noción puede prestar otros excelentes servicios y proveer de inesperados esclarecimientos a todas las zonas oscuras del socialismo. En las últimas páginas del primer capítulo, comparé la huelga general con la batalla napoleónica, que aplasta definitivamente al adversario. Esa comparación nos ayudará a comprender el papel ideológico de la huelga general.

Cuando los escritores militares de hoy desean discutir nuevos métodos de guerra adecuados al empleo de tropas infi-

nitamente más numerosas que las de Napoleón, y provistas de armas mucho más perfeccionadas que las de aquel tiempo, no suponen menos que la guerra habrá de decidirse en batallas napoleónicas. Es menester que las tácticas propuestas se puedan adaptar al drama que Napoleón había concebido. Sin duda, las peripecias del combate se desarrollarán en forma distinta que antes; pero el fin debe ser siempre la ruina del enemigo. Los métodos de instrucción militar tienen como finalidad preparar al soldado para esta enorme y espantosa acción, en la cual uno debe estar preparado para tomar parte a la primera señal. De lo alto a lo más bajo de la jerarquía, todos los miembros de un ejército verdaderamente sólido tienen la mente fija en ese final catastrófico de los conflictos internacionales.

Los sindicatos revolucionarios piensan, respecto de la acción socialista, exactamente lo mismo que discurren los escritores militares pensando en la guerra. Reducen todo el socialismo a la huelga general y observan toda combinación como convergente en ella, y a la huelga como una imitación en pequeña escala, ensayo o preparación del cataclismo final.

La *Nueva escuela*, que se autotitula marxista, sindicalista y revolucionaria, se ha mostrado propicia a la idea de la huelga general, desde que tuvo clara conciencia del verdadero alcance de su doctrina, de las consecuencias de la actividad suya o de su originalidad congénita. Es por eso que debió romper con las viejas capillas oficiales, utopistas y políticas, que sienten horror por la huelga general, y sumarse al movimiento propio del proletariado revolucionario, que desde hace mucho considera la adhesión a la huelga general como el *test* que distingue al socialismo obrero de los revolucionarios aficionados.

Los socialistas parlamentarios no pueden tener ninguna influencia seria mientras no se imponga a muy diversos grupos utilizando un complicado lenguaje. Necesitan electores obreros lo bastante ingenuos para que se dejen embaucar por conceptos rimbombantes sobre el colectivismo futuro; tienen necesidad de presentarse como profundos filósofos a esos necios burgueses que desean ser tenidos por doctos en cuestiones so-

ciales, y precisan explotar a gentes adineradas que creen merecer el aplauso de la humanidad sólo porque contribuyen con dinero a algunas empresas políticas del socialismo. Esta influencia se basa sobre una confusión, y nuestros figurones se esfuerzan, a veces con notable éxito, en sembrar la confusión de las ideas en sus lectores. Detestan la huelga general porque cualquier propaganda que se efectúe en tal terreno es demasiado socialista, y, por ende, no muy grata a los filántropos.

En boca de esos pretendidos representantes del proletariado, todas las fórmulas socialistas pierden su sentido real. La lucha de clases es el gran principio que permanece, aunque subordinándolo a la solidaridad nacional.¹ El internacionalismo es un artículo de fe, y en su honor, incluso los más moderados se muestran decididos a jurar solemnemente; pero también el patriotismo impone deberes sagrados.²

La emancipación de los trabajadores debe ser la obra de los propios trabajadores —como se manifiesta a diario—; pero la verdadera emancipación consiste en elegir a un profesional de la política y asegurarle los medios de hacerse una buena posición, y a darse un amo. Al Estado hay que quitarlo de en medio, y no se pueden contradecir las afirmaciones de Engels al respecto. Pero esta desaparición tendrá lugar solamente en un porvenir tan lejano que, mientras, hay que aprovecharse del Estado para proporcionar a los políticos muy buenas tajadas. La mejor política para hacer desaparecer al Estado consiste en reforzar provisoriamente la máquina gubernamental. Gribouille, que se arrojó al agua para no mojarse con

¹ El "Petit Parisien", que se autotitula especialista y aun socialista en asuntos obreros, informaba, el 31 de marzo de 1907, que los huelguistas "no deben creerse jamás por encima de los deberes de la solidaridad social".

² En la época en que los antimilitaristas comenzaron a preocupar al público, el "Petit Parisien" se distinguió por su patriotismo. El 8 de octubre de 1905 publicó un artículo respecto al "deber sagrado" y al "culto por la bandera tricolor que ha recorrido el mundo con nuestras glorias y libertades". El 1º de enero de 1906 felicitaba al jurado del Sena: "La bandera ha sido vengada de los ultraies que sus detractores han cometido con esta noble enseña. Cuando pasa por las calles, se la saluda. Los jurados, no contentos con saludarla, se agruparon respetuosamente en su torno". Como se ve, éste es un socialismo muy prudente.

el aguacero, habría razonado de la misma manera, etcétera, etcétera.

Se podrían llenar páginas enteras con la exposición sumaria de las tesis contradictorias, bufas y charlatanescas con que nutren sus arengas nuestros prohombres. Nada les embaraza y saben combinar en sus pomposos, fogosos y nebulosos discursos, la intransigencia más absoluta con el más dúctil oportunismo. Un doctor del socialismo pretendía que el arte de conciliar las oposiciones mediante un galimatías, es el resultado más claro que obtuvo al estudiar las obras de Marx.³ Confieso mi absoluta incompetencia en cuestiones tan arduas, y no ambiciono ser contado entre aquellos a quienes los políticos conceden el título de sabios; con todo, me cuesta admitir que ese y no otro sea el fondo de la filosofía marxista.

Las polémicas de Jaurès con Clemenceau demostraron, de un modo irrefragable, que nuestros socialistas parlamentarios logran imponerse al público gracias a su farragosa literatura, y a fuerza de engañar a los lectores han terminado por perder el sentido de las discusiones leales. En "L'Aurore" del 9 de setiembre de 1905, Clemenceau reprocha a Jaurès que obnuble el juicio de sus correligionarios con "sutilezas metafísicas, que no pueden seguir". El reproche es merecido, salvo el empleo de la palabra *metafísica*, ya que Jaurès tiene tanto de metafísico como de jurista o astrónomo. En el número del 26 de octubre, Clemenceau demuestra que su contradictor posee "el arte de solicitar los textos", y finaliza así: "He creído instructivo destacar ciertos métodos polémicos cuyo monopolio atribuimos errónea y fácilmente a la Compañía de Jesús".

³ Se acaba de discutir largamente en el Consejo nacional dos mociones: una, que proponía invitar a las federaciones departamentales a entablar la lucha electoral donde fuera posible; la otra, aconsejaba presentar los candidatos en todas partes. Un miembro se puso de pie: "Reclamo —dijo—, un poco de atención, pues la tesis que voy a sostener acaso parezca a primera vista extraña y paradójal [Esas dos mociones] no son inconciliables, si se intenta resolver esta contradicción según *el método natural y marxista de solucionar toda contradicción*". ("Socialiste", 7 de octubre de 1905). Parece que nadie comprendió nada. Y, en efecto, era ininteligible.

Frente a ese socialismo ruidoso, charlatanesco y mendaz que explotan los ambiciosos de todo calibre, divierte a los histriones y admiran los decadentes, se alza el sindicalismo revolucionario, que procura, por lo contrario, no librar nada a la imprecisión. Manifiesta reservas, y no trata de diluir las doctrinas en un río de embrollados comentarios. El sindicalismo se esfuerza en emplear medios de expresión que proyecten una plena luz sobre las cosas, que las sitúen perfectamente en el lugar que le asigna su naturaleza y que destacan todo el valor de las fuerzas puestas en juego. En vez de atenuar las oposiciones, necesitará, para seguir la orientación sindicalista, ponerlas de relieve. Necesitará dar un aspecto tan sólido como sea posible a las agrupaciones que luchan en su ámbito; y finalmente, se representará a los movimientos de las masas rebeldas de tal manera que el alma de los rebelados reciba una impresión plenamente superior.

No es suficiente el lenguaje para producir esos resultados de modo positivo, y hay que recurrir a conjuntos de imágenes que evoquen *globalmente y sólo por intuición*, previamente a un análisis reflexivo, la totalidad de los sentimientos correspondientes a las diversas manifestaciones de la guerra entablada por el socialismo contra la sociedad moderna. Los sindicalistas resuelven a la perfección el problema concentrando todo el socialismo en el drama de la huelga general. No hay así ningún lugar para la conciliación de los contrarios mediante la jerga de los *sabios oficiales*. Todo está bien esbozado, de manera que no puede haber más que una sola interpretación posible del socialismo. El sistema tiene todas las ventajas que brinda el conocimiento total sobre el análisis, según la doctrina de Bergson, y hay pocos ejemplos capaces de mostrar de manera tan acabada el valor de las doctrinas del célebre profesor.⁴

Se ha disertado vastamente sobre la posibilidad de la huelga

⁴ La naturaleza de estos artículos no es apta para un desarrollo mayor al respecto. Pero creo que podría hacerse una más completa aplicación aún de las ideas de Bergson a la teoría de la huelga general. El movimiento, en la filosofía bergsoniana, está considerado como un todo indiviso, y esto nos conduce justamente a la concepción catastrófica del socialismo.

general, e inclusive se ha dicho que la guerra socialista no podrá resolverse en una batalla única. A criterio de las *gentes cuerdas*, prácticas y doctas, es muy difícil movilizar en conjunto las enormes masas proletarias, lo que ha llevado a que se analicen las dificultades de detalle correspondientes a una lucha de esas proporciones. Los socialistas-sociólogos y los políticos conceptúan la huelga general como una quimera del pueblo, típica de todo movimiento obrero en gestación, y citan la autoridad de Sidney Webb, que ha dictaminado que la huelga era una quimera de juventud,⁵ poco duradera en los trabajadores de Inglaterra, a quienes los propietarios de la ciencia sería nos los han presentado como depositarios de la verdadera concepción del movimiento obrero.

Que la huelga general no se haya popularizado entre los ingleses de hoy constituye un pobre argumento contra el alcance histórico de la idea, pues los ingleses se distinguen por la extraordinaria incompreensión de la lucha de clases. En su pensamiento predominan principios medievales; la corporación privilegiada o, cuando menos, protegida por las leyes, se les aparece como el ideal de la organización obrera. Para Inglaterra, y con referencia a sus sindicatos, se pergeñó el concepto de *aristocracia obrera*, y en efecto, el tradeunionismo busca la obtención de favores legales.⁶ Se puede afirmar, entonces, que la oposición británica a la huelga general debería ser considerada como una fuerte presunción en favor de ella, a juicio de cuantos consideran la lucha de clases como la esencia del socialismo.

Por otra parte, Sidney Webb goza de una exagerada reputación de competencia. Tuvo el mérito de revisar legajos muy poco atractivos, y la paciencia de componer la colección más indigesta respecto a la historia del tradeunionismo. Pero su mentalidad era muy limitada y útil sólo para deslumbrar a quienes no tienen el hábito de la meditación.⁷ Quienes reve-

⁵ Bourdeau, *Évolution du Socialisme*, p. 232.

⁶ Es lo que se advierte, por ejemplo, en los esfuerzos aplicados por las *Tradeunions* a la obtención de leyes que eviten la responsabilidad civil de sus actos.

⁷ Tarde no pudo formarse una idea del porqué de la fama adquirida

laron en Francia las glorias de Webb no comprendían una palabra de socialismo, y si, como lo afirma su traductor,⁸ es verdad que figuraba entre los más notables autores contemporáneos de historia económica, ello se debe a que la estatura intelectual de esos historiadores era muy baja. Hay muchos ejemplos que demuestran que, con una inteligencia menos que mediana se puede ser un ilustre profesional de la historia.

No concedo importancia alguna a las objeciones dirigidas contra la huelga general y que están fundadas en motivos de orden práctico. Es regresar a la más antigua utopía querer fabricar con el modelo de las narraciones históricas hipótesis relativas a las luchas del porvenir y a los medios encaminados a la supresión del capitalismo. No existe procedimiento adecuado para prever lo futuro de un modo científico, o que al menos permita discutir la superioridad de unas hipótesis sobre otras. Muchos casos célebres nos demuestran que los más grandes hombres cometieron increíbles yerros tratando de adueñarse así de los hombres de mañana, aun de los más próximos.⁹

De todas maneras, no podemos actuar sin salirnos del presente, sin reflexionar acerca de ese porvenir, que parece condenado siempre a escaparse de nuestra comprensión. La experiencia nos prueba que las *imágenes de un porvenir indeterminado en el tiempo* pueden poseer una gran eficacia y escasos inconvenientes, si revisten cierta naturaleza. Esto tiene lugar cuando se trata de mitos en los cuales se reencuentran las más fuertes tendencias de un pueblo, de un partido

por Sidney Webb, que, a juicio suyo, era un mero emborronador de papeles.

⁸ Métin, *Le socialisme en Angleterre*, p. 210. Este escritor recibió del gobierno un *brevet de socialismo* por parte del gobierno. El 26 de julio de 1904, el comisario general francés de la Exposición de San Luis, decía: "M. Métin está animado del mejor espíritu democrático; es un excelente republicano; es, incluso un socialista al que las asociaciones obreras deben acoger como un amigo" (*Association ouvrière*, 30 de julio de 1904). Sería muy divertido un estudio relativo a las personas que poseen patentes similares otorgadas por el gobierno, el Museo Social y la prensa bien informada.

⁹ Numerosos y a veces enormes, son los yerros cometidos por Marx. (Cf. G. Sorel, *Saggi di critica del marxismo*, págs. 51-57).

o de una clase, tendencias que se posesionan del espíritu con la insistencia de los instintos en todas las circunstancias de la vida, y que otorgan un aspecto de plena realidad a las esperanzas de acción próxima sobre las cuales se funda la reforma de la voluntad.

Sabemos asimismo que esos mitos sociales no impiden de ningún modo que el hombre aproveche todas las observaciones hechas en el transcurso de su existencia, ni se oponen a que desempeñe sus ocupaciones corrientes.¹⁰

Esto es posible de comprobar con numerosos ejemplos. Los primeros cristianos esperaban que el retorno de Cristo y la ruina total del mundo pagano, con la instauración del reino de los santos, iban a ocurrir al final de la primera generación. Tal catástrofe no se produjo, pero el pensamiento cristiano obtuvo tales frutos del mito apocalíptico que algunos sabios actuales llegaron a decir que toda la propaganda de Jesús se centró sobre este único asunto.¹¹ Las ilusiones que Lutero y Calvino se habían hecho acerca de la exaltación religiosa de Europa, no se realizaron. Con extraordinaria rapidez, estos Padres de la Reforma parecieron ser hombres de otro mundo; para los protestantes actuales, corresponden más a la Edad Media que a los tiempos modernos, y los problemas que los preocupaban, ocupan muy poco lugar en el protestantismo contemporáneo. ¿Por eso debemos negar el inmenso fruto que ha brotado de sus sueños de renovación cristiana? Puede reconocerse fácilmente que los verdaderos desarrollos de la Revolución no se asemejan poco ni mucho a los cuadros encantadores que entusiasmaron a sus primeros partidarios. Pero sin esos cuadros, ¿la Revolución hubiera triunfado? El mito estaba muy mezclado con las utopías,¹² porque había sido formado por una sociedad apasionada por la literatura de imaginación, llena de confianza en la *pequeña ciencia* y muy poco al corriente de la historia

¹⁰ Muchas veces se ha señalado que los sectarios ingleses o americanos, cuya exaltación religiosa se alimentaba de mitos apocalípticos, no dejaban de ser a menudo hombres muy prácticos.

¹¹ En la hora presente, esta doctrina ocupa un gran lugar en la exégesis alemana, y fue traída a Francia por el abate Loisy.

¹² Cf. la carta a Daniel Halévy, IV.

económica del pasado. Esas utopías fueron inútiles, pero es posible preguntarse si la Revolución no fue una transformación mucho más profunda que la que habían soñado las gentes que, en el siglo XVIII, elaboraban utopías sociales. Más cerca nuestro, Mazzini persiguió lo que los hombres sabios de su tiempo denominaron una loca quimera; pero hoy no puede dudarse que sin Mazzini, Italia no se hubiera convertido jamás en una gran potencia, y que hizo más por la unidad italiana que Cavour y los demás políticos de su escuela.

Importa entonces muy poco saber lo que contienen los mitos de detalles destinados a aparecer realmente en la perspectiva de la historia futura; no son sino meros almanaques astrológicos. Hasta puede ocurrir que nada de lo que contienen se produzca, como fue el caso de la catástrofe esperada por los primeros cristianos.¹³ ¿No estamos habituados, en la vida corriente, a reconocer que la realidad difiere mucho de las ideas que nos hemos hecho antes de obrar? Y esto no nos impide continuar tomando resoluciones. Dicen los psicólogos que hay heterogeneidad entre los fines cumplidos y los fines dados: la menor experiencia de la vida nos revela esta ley, que Spencer aplicó a la naturaleza para obtener su teoría de la multiplicación de los efectos.¹⁴

Es preciso considerar a los mitos como medios de obrar sobre el presente, y por lo tanto, cualquier discusión que se relacione con el modo de aplicarlos materialmente al curso de la historia carece de sentido. *Lo único que interesa es el conjunto del mito*. Sus partes sólo interesan por el relieve que otorgan a la idea contenida en la imagen total. Carece pues de utilidad, disertar en torno de los incidentes que pueden acaecer en el desarrollo de la guerra social, y sobre los conflictos decisivos que puedan otorgarle el triunfo al proletariado. Aunque los revolucionarios se equivoquen por entero con una ima-

¹³ Ya intenté demostrar cómo a ese mito social que se ha desvanecido sucedió una devoción que ha conservado una importancia capital en la vida católica: esta evolución de lo social a lo individual me parece muy natural en una religión (*Le système historique de Renan*, págs. 374-382).

¹⁴ Creo firmemente que todo el evolucionismo de Spencer debe explicarse, además, por una emigración de la psicología más vulgar hacia la física.

gen fantástica de la huelga general, esa imagen puede ser, en tanto se prepara el hecho revolucionario, un admirable elemento de fuerza, si es que recibe a la perfección todas las aspiraciones del socialismo, y si da al conjunto de los pensamientos revolucionarios una precisión y un rigor que no le otorgarían otras maneras de pensar.

Para apreciar el alcance de la idea de la huelga general, ha de prescindirse de todos los procedimientos de discusión que se acostumbra entre políticos, sociólogos y otros aspirantes a la ciencia práctica. A los adversarios se les puede conceder todo lo que intenten demostrar, sin que tal postura implique algún deterioro del valor de la tesis cuya refutación creen poder realizar. Importa poco que la huelga general sea una realidad parcial, o mero producto de la imaginación del pueblo. Toda la cuestión estriba en saber si la huelga general contiene todo lo que la doctrina socialista espera del proletariado revolucionario.

Para solucionar esta cuestión ya no estamos reducidos a reflexionar doctamente sobre el porvenir, no tenemos que librar-nos a altas consideraciones sobre la filosofía, sobre la historia y sobre la economía, ni estamos más en el dominio de las ideolo-gías; pero sí podemos permanecer en el terreno de los hechos evidentes. Tenemos que interrogar a los hombres que, en el seno del proletariado, intervienen activamente en el movimiento realmente revolucionario, y no aspiran a convertirse en burgue-ses, y cuyo espíritu no está dominado por prejuicios corpora-tivos. Esos hombres pueden engañarse en infinidad de cuestio-nes políticas, de economía o de moral; pero su testimonio es decisivo, soberano e irreformable cuando se trata de saber cuáles son las representaciones que obran sobre ellos y sobre sus camaradas de manera más eficaz; que poseen, en el más alto grado, la facultad de identificarse con su concepción socialista, y gracias a las cuales la razón, las esperanzas y la percepción de los hechos particulares parecen no conformar más que una in-divisible unidad.¹⁵

Gracias a ellos, sabemos que la huelga general es lo que ya dije: el *mito* en el cual el socialismo se condensa enteramente,

¹⁵ Es otra explicación de las tesis de Bergson.

es decir, una organización de imágenes capaces de evocar ins-tintivamente todos los sentimientos que corresponden a las di-versas manifestaciones de la guerra entablada por el socialismo contra la sociedad moderna. Las huelgas han originado en el proletariado los sentimientos más nobles, los más profundos y los de mayor motricidad que posee; la huelga general los agru-pa a todos en un cuadro de conjunto y, por ese agrupamiento da a cada uno de ellos sus maximun de intensidad.

Por otra parte, al evocar urticantes recuerdos de conflictos particulares, otorga el color de una vida intensa a todos los detalles de la composición presentada a la conciencia. Así obte-nemos esta intuición de socialismo que el lenguaje no podría brindar de un modo tan perfectamente claro, y que nosotros obtenemos en un conjunto percibido en forma instantánea.¹⁶

Podemos tomar como apoyo otro testimonio para demostrar la potencia de la idea de la huelga general. Si no fuese más que una quimera, como se dice frecuentemente, los socialistas parlamentarios no se molestarían en combatirla. Ignoro que alguna vez hayan roto lanzas contra las esperanzas insensatas que los utopistas siguen haciendo espejear ante los ojos mara-villados del pueblo.¹⁷ En una polémica relativa a las reformas sociales realizables, Clamenceau hacía notar lo que tiene de maquiavélica la actitud de Jaurès cuando enfrenta a las ilusio-nes populares: pone su conciencia al abrigo de "cualquier má-xima hábilmente balanceada", pero tan hábilmente balanceada que "será acogida sin querer por los que tienen la mayor nece-sidad de penetrar su sustancia, en tanto que abrevan con frui-ción la retórica engañosa de las felicidades terrestres que ven-drán" ("Aurore", 28 de diciembre de 1905). Pero cuando se trata de la huelga general, ya es otra cosa. Nuestros políticos no se contentan con las reservas complicadas: hablan con iracun-

¹⁶ Es el conocimiento perfecto de la filosofía bergsoniana.

¹⁷ No puedo recordar que los socialistas oficiales hayan denunciado lo ridículo de las novelas de Bellamy, que lograron tanto éxito. Esa crítica hubiera sido muy necesaria, porque esas obras muestran al pueblo un ideal de vida enteramente burguesa. Fueron un producto natural de Norte América, país que ignora la lucha de clases; pero en Europa, los teóricos de la lucha de clases, ¿no lo comprendieron?

dia y se esfuerzan en persuadir a sus auditorios a que abandonen esta concepción.

La causa de esta actitud es fácil de comprender: los políticos nada tienen que temer de las utopías que presentan al pueblo un engañoso espejismo de lo porvenir y que orientan "a los hombres hacia realizaciones cercanas de felicidad terrestre, de las cuales una pequeña parte no puede ser científicamente el resultado de un esfuerzo muy prolongado". (Es lo que, según Clemenceau, hacen los políticos socialistas). Mientras más fácilmente crean los electores en las *fuerzas mágicas del Estado*, estarán más dispuestos a votar por el candidato que les promete maravillas. En la lucha electoral, hay una constante puja: para que los candidatos socialistas puedan pasar sobre el cadáver de los radicales, es preciso que los electores sean capaces de aceptar todas las esperanzas.¹⁸ Es por eso que nuestros políticos socialistas se guardan muy bien de combatir de un modo eficaz la utopía de la felicidad fácil.

Si combaten la huelga general, es porque reconocen —en el curso de sus giras de propaganda— que la idea de la huelga general está tan bien adaptada al alma obrera que es capaz de dominarla del modo más absoluto y de no dejar ningún espacio a los deseos que pueden satisfacer a los parlamentarios. Advierten que esta idea es tan fundamental que, asimilada en el espíritu, permite a los obreros evadirse de todo control de los amos y que el poder de los diputados se aniquila. Sienten, en fin, de una manera vaga, que todo el socialismo podría muy bien ser absorbido por la huelga general, lo que tornaría inútiles todos los compromisos entre los grupos políticos, en relación a los cuales se ha constituido el régimen parlamentario.

La oposición de los socialistas oficiales es pues una confirmación de nuestra primera encuesta sobre el alcance de la huelga general.

¹⁸ En el artículo que ya he citado, Clemenceau recuerda que Jaurès practicó esta puja en un largo discurso pronunciado en Béziers.

II

Entre tanto, nos es preciso ir más lejos, y preguntar si el cuadro que presenta la huelga general es verdaderamente completo, es decir, si comprende todos los elementos de la lucha reconocidos por el socialismo moderno. Pero primeramente hay que precisar la cuestión, lo cual resultará fácil si partimos de las explicaciones dadas más arriba sobre la naturaleza de dicho cuadro. Hemos visto que la huelga general debe ser considerada como un conjunto indiviso; en consecuencia, ningún detalle de ejecución importa realmente para la comprensión del socialismo; más aún, agreguemos que está siempre peligrando de perder algo de esta comprensión cuando se busca descomponer este conjunto en partes. Vamos a tratar de mostrar que existe una identidad fundamental entre las tesis capitales del marxismo y los aspectos de conjunto que presenta el cuadro de la huelga general.

Esta afirmación no dejará de parecer paradójica a más de una persona que haya leído las publicaciones de los más autorizados marxistas. Ha existido, en efecto, durante largo tiempo, una hostilidad declarada en los medios marxistas contra la huelga general. Esta tradición ha perjudicado mucho al progreso de la doctrina de Marx, y no es el peor ejemplo que pueda hallarse para mostrar que los discípulos tienden, en general, a restringir los alcances del pensamiento magistral. Buen trabajo le costó a la *nueva escuela* desligarse de esas influencias, pues se formó por personas que habían recibido en un grado muy alto un sello marxista. Tuvo que pasar mucho tiempo para que la *nueva escuela* reconociese que las objeciones dirigidas a la huelga general provenían de la incapacidad de los representantes oficiales del marxismo más bien que de los principios mismos de la doctrina.¹⁹

¹⁹ En un artículo sobre la *Introducción a la metafísica*, publicado en 1903, Bergson señala que los discípulos tienden siempre a exagerar las divergencias que existen entre los maestros y que "el maestro, mientras hace sus formulaciones, desarrolla, traduce en ideas abstractas sus aportes, es ya, de algún modo, un discípulo de sí mismo" (*Cahiers de la Quinzaine*, 12º cuaderno de la IV serie, págs. 22-23).

La *nueva escuela* inició su emancipación el día en que distinguió claramente que las fórmulas del socialismo se alejaban mucho con frecuencia del espíritu de Marx, y cuando, además, preconizó un retorno a ese espíritu. No fue sin cierta estupefacción que advirtió que se había puesto en la cuenta del maestro pretendidas invenciones que provenían de sus predecesores o que eran lugares comunes de la época en que fue redactado el *Manifeste Communiste*. Según un autor que revista entre la gente bien informada —de acuerdo al gobierno y el Museo Social—, “la acumulación del capital en las manos de algunos individuos es uno de los grandes descubrimientos de Marx, uno de los hallazgos que más le enorgullecían”.²⁰ No fastidie a la ciencia histórica de este notable universitario: esta tesis era una de las que andaban de boca en boca antes que Marx hubiese escrito una línea, y se había convertido en un dogma para el mundo socialista hacia finales del reino de Luis Felipe. Hay una cantidad de tesis marxistas del mismo género.

Un paso decisivo hacia la reforma se dio cuando algunos marxistas que aspiraban a pensar libremente, se dedicaron a estudiar el movimiento sindical, y descubrieron que “los sindicalistas puros pueden enseñarnos más de lo que podemos enseñarles nosotros”.²¹ Era el comienzo de la cordura, y se tomaba la verdadera orientación hacia el camino realista que había conducido a Marx a sus verdaderos descubrimientos. Asimismo, se volvía a los únicos procedimientos que merecen el nombre de filosóficos, “pues las ideas verdaderas y fecundas brotan de las tomas de contacto con las corrientes de la realidad”, y “deben su mejor brillo a la luz que les devuelve, por reflexión, los hechos y las aplicaciones adonde ellas conducen, no siendo la claridad de un concepto casi otra cosa, en el fondo, que la seguridad finalmente contraída de manejarlo con provecho”.²²

Puede citarse otro profundo pensamiento de Bergson: “No puede tenerse una intuición de la realidad, es decir, una *simpatía intelectual con lo que tiene de más íntimo*, si no se ha logrado su confianza por una larga camaradería con sus mani-

²⁰ A. Métin, *op. cit.*, p. 191.

²¹ G. Sorel, *Avenir socialiste des syndicats*, p. 12.

²² Bergson, *loc. cit.*, p. 21.

festaciones superficiales. Y no se trata sólo de asimilarse los hechos destacados; es necesario *acumular y fundir* conjuntamente una tan enorme masa que, en esa fusión, se esté seguro de neutralizar unas con otras todas las ideas preconcebidas y prematuras que los observadores han podido depositar, sin saberlo, en el fondo de sus observaciones. Solamente así se aparta la materialidad bruta de los hechos conocidos. Se llega finalmente a lo que Bergson llama una *experiencia integral*.²³

Gracias al nuevo principio, es posible reconocer rápidamente que las afirmaciones en cuyo círculo se había pretendido encerrar al socialismo, son de una deplorable insuficiencia y que, frecuentemente son más dañosas que útiles. El supersticioso respeto que siente la socialdemocracia por lo escolástico de sus doctrinas, es lo que ha tornado estériles todos los esfuerzos intentados en Alemania para perfeccionar el marxismo.

Cuando la *nueva escuela* adquirió plena inteligencia de la huelga general y llegó a la más profunda intuición del movimiento obrero, reconoció que todas las tesis socialistas poseían una claridad que les había faltado hasta allí, pero ello sólo se logró desde que fueron interpretadas pidiendo ayuda a esta gran estructura. Se apercibió que el aparato pesado y frágil que se había fabricado en Alemania para explicar las doctrinas de Marx debía ser arrumbado, si se quería seguir exactamente las transformaciones contemporáneas de la idea proletaria. La nueva escuela descubrió que la noción de la huelga general permite explorar con provecho todo el vasto dominio del marxismo, que hasta aquí había permanecido más o menos desconocido a los pontífices que pretendían regentar al socialismo. De ese modo, se concluye que los principios fundamentales del marxismo no serían perfectamente inteligibles más que con la ayuda de la perspectiva de la huelga general, y por otra parte, puede pensarse que ese cuadro no adquiere toda su significación sino para los que están nutridos de la doctrina de Marx.

A. — En primer término, voy a hablar de la lucha de clases, que es el punto de partida de toda reflexión socialista y que tanta necesidad tiene de ser elucidada desde que los sofistas se esfuerzan en dar una idea falsa.

²³ Bergson, *loc. cit.*, págs. 24-25.

1º Marx habla de la sociedad como si ésta estuviera cortada en dos grupos fundamentalmente antagónicos; esta tesis dicotómica ha sido muy combatida en nombre de la observación, y es cierto que es preciso algún esfuerzo del espíritu para poder verificarla en los fenómenos de la vida común. La marcha del taller capitalista proporciona la primera aproximación y el trabajo casero desempeña un papel esencial en la formación de la idea de clase; en efecto, saca a la luz una oposición muy neta de los intereses que se manifiestan en el precio de los objetos: ²⁴ los trabajadores se sienten dominados por los patronos de un modo análogo al que se sienten dominados los campesinos por los vendedores y los prestamistas urbanos. La historia demuestra que no hay oposición económica casi más claramente sentida que ésta; campos y ciudades forman dos países enemigos desde que existe la civilización.²⁵ El trabajo al menudeo demuestra asimismo que en el mundo de los asalariados hay un grupo de hombres más o menos análogo al de los vendedores al detalle, que tienen la confianza del patrón y que no pertenecen al mundo del proletariado.

La huelga aporta una nueva claridad; ella separa mejor aun que las circunstancias diarias de la vida, los intereses y los modos de pensar de dos grupos de asalariados; se hace entonces claro que el grupo administrativo tendría una tendencia natural a constituir una pequeña aristocracia; es para esas gentes que el socialismo de Estado tiene sus ventajas, ya que ellos se elevarían de súbito en la jerarquía social.

Pero todas las contraposiciones adquieren un carácter de extraordinaria nitidez cuando se supone que los conflictos crecen hasta el punto de la huelga general; entonces todas las partes de la estructura económico-jurídica, en tanto se observa desde la mira de la lucha de clases, son llevadas a su perfección. La sociedad está bien delimitada en dos campos, y sólo en dos,

²⁴ Ignoro si los *doctos* han comprendido siempre bien el rol del trabajo al menudeo. Es evidente que la famosa fórmula: "El productor debería poder rescatar su producto", proviene de reflexiones hechas sobre el trabajo al menudeo.

²⁵ "Puede afirmarse que la historia económica de la sociedad gira sobre esta antítesis", de la ciudad y de la campaña (*El Capital*, tomo I).

sobre un campo de batalla. Ninguna explicación filosófica de los hechos observados en la práctica podría proporcionar tan vivas luces como el cuadro tan simple que la evocación de la huelga general pone ante los ojos.

2º No podría concebirse la desaparición del comando capitalista si no se supone la existencia de un ardiente sentimiento de revuelta que no cesa de dominar el alma obrera; pero la experiencia demuestra que, a menudo, las revueltas de un día están lejos de tener el tono que es verdaderamente específico del socialismo; las más violentas cóleras han dependido, más de una vez, de pasiones que podían ser satisfechas en el mundo burgués. Se vio a muchos revolucionarios abandonar su antigua intransigencia cuando encontraron una vía favorable.²⁶ No son solamente las satisfacciones de orden material las que producen esas frecuentes y escandalosas conversiones: el amor propio es, todavía más que el dinero, el gran motor del tránsito de la rebelión a la burguesía. Si no se tratara de casos más que excepcionales, poco debiera importarnos; pero se ha repetido tanto que la psicología de las masas obreras fácilmente se adapta al orden capitalista, que la paz social sería obtenida rápidamente por poco que los patronos pusiesen de su parte.

G. Le Bon pretende que se cae en el error cuando se cree en los instintos revolucionarios de las multitudes, cuyas tendencias son conservadoras, y que toda la potencia del socialismo proviene del estado mental, pasablemente anómalo, de la burguesía. Está persuadido de que las masas irán siempre a un César.²⁷ Hay mucho de verdad en estos juicios que están fundados sobre un conocimiento muy amplio de las civilizaciones;

²⁶ Recuérdese que la revuelta de la Martinica hizo perecer a un gobernador que, en 1879, había sido uno de los protagonistas del congreso socialista de Marsella. La Comuna misma no fue funesta para todos sus adeptos: muchos lograron hermosos destinos; el embajador de Francia en Roma se distinguió, en 1871, entre los que habían solicitado la muerte de los rehenes.

²⁷ Gustave Le Bon, *Psychologie du Socialisme*, 3º edic., págs. 111 y 457-459. Este autor, que hace algunos años fuera tratado de imbécil por los pequeños matamoros del socialismo universitario, es uno de los físicos más originales de nuestro tiempo.

pero es menester añadir una corrección a las tesis de G. Le Bon: esas tesis no valen más que para las sociedades en las cuales falta la noción de la lucha de clases.

La observación demuestra que esta noción se mantiene con una fuerza indestructible en todos los medios donde ha penetrado la idea de la huelga general: ninguna paz social posible, ninguna rutina resignada, ningún entusiasmo por los amos bienhechores o gloriosos, habrá el día en que los más mínimos incidentes de la vida diaria se conviertan en síntomas del estado de lucha entre las clases, en que todo conflicto es un incidente de guerra social, en que toda huelga engendra la perspectiva de una catástrofe total. La idea de huelga general es a tal punto estimulante que arrastra en la corriente revolucionaria todo lo que toca. Gracias a ella, el socialismo permanece siempre joven, y las tentativas hechas para realizar la paz social parecen pueriles, las deserciones de los camaradas que se aburguesan, lejos de descorazonar a las masas, las excitan más bien a la revuelta. En una palabra, la escisión no está en peligro de desaparecer.

3º Los éxitos que obtienen los políticos en sus tentativas destinadas a hacer sentir lo que ellos denominan la influencia proletaria en las instituciones burguesas, constituyen un obstáculo bastante grande para el sostenimiento de la noción de lucha de clases. El mundo siempre ha vivido de transacciones entre los partidos y el orden siempre ha sido provisorio; no hay cambio, por considerable que sea, que pueda ser considerado como imposible en un tiempo como el nuestro, que ha presenciado la implantación de tantas novedades de modo tan imprevisto. Si el mundo moderno se ha realizado por medio de compromisos sucesivos, ¿por qué no perseguir los fines del socialismo por procedimientos que han tenido tanto éxito? Se pueden imaginar numerosos medios propios para dar satisfacción a los deseos más apremiantes de las clases desheredadas. Durante largo tiempo esos proyectos de mejoramiento fueron inspirados por un espíritu conservador, feudal o católico; se pretendía —decían sus inventores— sustraer a las masas del influjo de los radicales. Estos, amenazados en sus situaciones, menos por sus antiguos enemigos que por los políticos socia-

listas, elucubran hoy mismo proyectos de tintes progresistas, democráticos, y de libre pensamiento. ¡Por fin se nos amenaza con los compromisos socialistas!

No siempre se reflexiona en que muchas organizaciones políticas con sistemas administrativos y regímenes financieros pueden conciliarse con la dominación de una burguesía. No hace falta adjudicar un gran valor a los ataques violentos dirigidos contra la burguesía; pueden estar motivados por el deseo de reformar el capitalismo y perfeccionarlo.²⁸ Parece que siempre hubiera gente que sacrificaría de buena gana el legado, como los sansimonianos, aunque están muy lejos de desear la desaparición del régimen capitalista.²⁹

La huelga general suprime todas las consecuencias ideológicas de toda la política social posible; sus partidarios consideran las reformas, aun las más populares, como de carácter burgués. Nada puede atenuar, para ellos, la oposición fundamental de la lucha de clases. Cuanto más preponderante se haga la política de las reformas sociales, más el socialismo experimentará la necesidad de oponer al cuadro del progreso que se esfuerza en realizar el cuadro de la catástrofe total que la huelga general proporciona de un modo verdaderamente perfecto.

B) Entre tanto, examinemos diversos aspectos muy esenciales de la revolución marxista en relación con la huelga general.

1º Marx dijo que el proletariado se presentará, el día de la revolución, disciplinado, unido, organizado por el propio mecanismo de la producción. Esta fórmula tan condensada no sería clara si no la relacionamos con el contexto. Según Marx,

²⁸ Conozco, por ejemplo, a un esclarecido católico que manifiesta con una singular acrimonia su desprecio por la burguesía francesa; pero su ideal es el americanismo, es decir, un capitalismo muy joven y muy activo.

²⁹ P. de Rousiers quedó asombrado de ver en los Estados Unidos cómo los padres ricos obligan a sus hijos a ganarse la vida; además encontró a menudo "a franceses profundamente desconcertados por lo que ellos llamaban el egoísmo de los padres americanos. Les parece indignante que un hombre adinerado permita que su hijo deba ganarse la vida, que no lo establezca" (*La vie americaine, L'Education et la société*, p. 9).

la clase obrera siente pesar sobre ella un régimen en el cual "se acrecienta la miseria, la opresión, la esclavitud, la degradación, la explotación", y contra lo cual ella organiza una resistencia cada vez más creciente, hasta el día en que toda la estructura social se desfonde.³⁰

Con frecuencia se ha refutado la exactitud de esta famosa descripción, que parece convenir mejor a los tiempos del *Manifiesto* (1847) que a los del *Capital* (1867). Pero esta objeción no debe detenernos, y hay que enviarla a que se reúna con la teoría de los mitos. Los diversos temas que emplea Marx para descubrir la preparación del combate decisivo, no han de ser tomados como comprobaciones materiales, directas o indeterminadas en el tiempo; es el conjunto, únicamente, el que nos debe seducir, y este conjunto es bastante claro: Marx desea inculcarnos el hecho de que toda preparación del proletariado depende únicamente de la organización de una resistencia obstinada, creciente y apasionada contra el orden de cosas existente.

Esta tesis tiene una importancia suprema para la sana comprensión del marxismo, pero se la ha discutido a menudo, si no en teoría, al menos en la práctica, sosteniéndose que el proletariado debía prepararse a su futuro papel por otras vías que por las del sindicalismo revolucionario. Es así como los doctores de la cooperación sostienen que es menester acordar a esta receta un lugar importante en la obra de liberación. Los demócratas dicen que es esencial suprimir todos los prejuicios que proceden de la antigua influencia católica, etcétera. Muchos revolucionarios creen que, aun siendo de mucha utilidad el sindicalismo, no es bastante para organizar una sociedad que tiene necesidad de una filosofía, de un nuevo derecho, etcétera. Como la división del trabajo es una ley fundamental del mundo, el socialismo no debe sonrojarse cuando se dirija a los especialistas, que no faltan, en filosofía y en derecho. Jaurès no cesa de repetir esa cháchara. Esta *expansión* del socialismo es contraria a la teoría marxista, tanto como a la concepción de la huelga general; pero es evidente que la huelga general dirige el pensamiento de una manera infinitamente más clara que las demás fórmulas.

³⁰ *El Capital*, tomo I.

2º Antes he señalado el riesgo que presentan para el porvenir de una civilización las revoluciones que se producen en una era de decadencia económica; todos los marxistas no parecen haberse dado cuenta del pensamiento de Marx al respecto. Este creía que la gran catástrofe sería precedida por una enorme crisis económica; pero no hay que confundir las crisis de que se ocupa Marx con una decadencia: las crisis se le representaban como el resultado de una aventura bastante azarosa de la producción que ha creado las fuerzas productivas desproporcionadas a los medios reguladores de que disponía, en forma automática, el capitalismo de la época. Tal aventura supone haber visto el porvenir abierto a las más poderosas empresas, y que entonces preponderase la noción del progreso económico. Para que las clases medias —que pueden hallar todavía condiciones de existencia aceptables en el régimen capitalista— pudiesen unirse con el proletariado, es preciso que la producción futura sea capaz de aparecerles tan brillante como pareció antes la conquista de América a los campesinos ingleses que abandonaron la vieja Europa para lanzarse a una vida aventurera.

La huelga general conduce a las mismas consideraciones. Los obreros están habituados a ver triunfar sus revueltas contra las necesidades impuestas por el capitalismo durante las épocas de prosperidad. De manera que puede decirse que el único hecho de identificar revolución y huelga general descarta todo pensamiento de que una esencial transformación del mundo pueda resultar de la decadencia económica. Asimismo, los obreros advierten que los campesinos y los artesanos no han de secundarlos, salvo si ven que el porvenir se les muestra muy halagüeño, hasta el punto de que pueda mejorar la suerte, no sólo de los productores, sino de todo el mundo.³¹

Es muy importante destacar siempre ese carácter de gran prosperidad que debe poseer la industria para permitir la realización del socialismo; pues la experiencia nos demuestra que los

³¹ No es difícil reconocer que los propagandistas se ven obligados a insistir con frecuencia en este aspecto de la revolución social: ésta ha de producirse cuando las clases intermedias estén vivas aún, pero también condiciones de un progreso económico tan grande que el porvenir se teñirá de un color favorable para todo el mundo.

profetas de la paz social combaten el progreso del capitalismo y buscan salvar los medios de existencia de las clases en vías de decadencia sobre todo para captar el favor de las masas. Es preciso presentar, de un modo que impresione, los lazos que ligan la revolución al progreso constante y rápido de la industria.³²

3º No podría insistirse lo bastante en que el marxismo repudia toda hipótesis construida por los utopistas del porvenir. El profesor Brentano, de Munich, relató que, en 1869 Marx escribía a su amigo Beesly (que había publicado un artículo sobre el porvenir de la clase obrera) que él lo había considerado hasta ese momento como el único inglés revolucionario y que en adelante lo tendría por un reaccionario, ya que —decía—, “el que redacta un programa para el porvenir es un reaccionario”.³³ Estimaba que el proletariado no había podido seguir las lecciones de los doctos inventores de soluciones sociales sino tomar el camino del capitalismo, muy simplemente. No hay ninguna necesidad de programas futurísticos: los programas se efectúan ya en el taller. La idea de la continuidad tecnológica domina todo el pensamiento marxista.

La práctica de las huelgas nos lleva a una concepción idéntica a la de Marx. Los obreros que dejan de trabajar no van a presentar a sus patronos proyectos de mejor organización del trabajo, y no le ofrecen su concurso para dirigir mejor sus negocios. En una palabra, la utopía no tiene ningún lugar en los conflictos económicos. Jaurès y sus amigos saben muy bien que en esto hay una poderosa presunción contra sus concepciones relativas al modo de realizar el socialismo. Ellos desearían que

³² Kautsky ha insistido en esta idea, particularmente querida a Engels.

³³ Bernstein dice, al respecto, que Brentano pudo exagerar un poco, que “el pasaje citado por él no se aleja mucho del pensamiento de Marx” (“Mouvement socialiste”, 1º setiembre de 1899, p. 270). ¿Con qué pueden hacerse las utopías? Con el pasado, y a menudo con el pasado muy lejano. Por esto probablemente Marx trataba a Beesly de *reaccionario*, cuando todos se pasmaban de su audacia revolucionaria. Los católicos no son los únicos que fueron hipnotizados por la Edad Media, e Yves Guyot se burla del “trovadorismo colectivista” de Lafargue. (Lafargue y Y. Guyot, *La propriété*, págs. 121-122).

en la práctica de las huelgas se introdujeran ya fragmentos de programas industriales elaborados por los doctos sociólogos y aceptados por los obreros; quisieran ver cómo se produce lo que ellos denominan *parlamentarismo industrial*, que comportaría, tanto como el parlamentarismo político, masas dirigidas y retóricos dirigentes. Tal sería el aprendizaje de su socialismo mendaz que debería iniciarse ya.

Con la huelga general, todas esas fantasías desaparecerían; la revolución aparece como una pura y simple revuelta y ningún lugar le está reservado a los sociólogos, a las gentes de mundo, amigas de las reformas sociales, a los intelectuales que han abrazado *la profesión de pensar para el proletariado*.

C.— El socialismo siempre ha amedrentado a causa de la enorme incógnita que encierra; se presiente que una transformación de ese género no permitiría un retorno al pasado. Los utopistas han empleado el arte literario para tratar de adormecer los espíritus con cuadros tan encantadores que todo temor fue borrado; pero cuanto más promesas acumulan, mayor es la cantidad de personas criteriosas que sospechan la existencia de trampas. Y no están equivocados del todo pues los utopistas, de haberlos escuchado, hubieran llevado el mundo al desastre, a la tiranía y a la sandez.

En muy alto grado Marx tenía la idea de que la revolución social de la que hablaba constituiría una *transformación irreformable* y que señalaría una separación absoluta entre dos eras históricas. Muy a menudo volvió sobre este tema, y Engels trató de demostrar, con imágenes grandiosas a veces, como la liberación económica sería el punto de partida de una era sin relación alguna con los tiempos anteriores. Rechazando toda utopía, estos dos fundadores renunciaban a los recursos que sus predecesores habían utilizado para hacer menos temible la perspectiva de una gran revolución. Pero por enérgicas que fueron las expresiones que emplearon, sus efectos son todavía muy inferiores a los que resultan de una perspectiva de la huelga general. Con esta perspectiva se hace imposible no ver que una especie de mareo irresistible pasará sobre la antigua civilización.

Hay algo verdaderamente espantable en esto; pero yo creo que es esencial conservar muy a la vista ese carácter del socialismo, si se quiere que mantenga todo su valor educativo. Es preciso que los socialistas se persuadan de que la obra a la cual se consagran es una obra *grave, monumental y sublime*. Sólo con esta condición podrán aceptar los innumerables sacrificios que les demanda una propaganda que no puede procurarles ni honores, ni beneficios, ni siquiera satisfacciones intelectuales inmediatas. Aun cuando la idea de la huelga general no tenga por resultado más que hacer más heroica la noción socialista, por eso solamente ha de ser mirada como un inapreciable valor.

Las confrontaciones que acabo de hacer entre el marxismo y la huelga general pueden todavía ser más extensas y profundas. Si se las ha descuidado hasta aquí, se debe a que nos impresiona en mayor grado la forma de las cosas que su fondo; a muchas personas se les tornaba difícil captar el paralelismo existente entre una filosofía emanada del hegelianismo y los programas efectuados por hombres carentes de cultura superior. Marx había tomado de Alemania el gusto por las fórmulas muy concentradas, y esas fórmulas convenían muy bien a las condiciones en medio de las cuales él trabajaba, por lo cual hizo de ellas un buen uso. No tenía ante sus ojos grandes y numerosas experiencias que le permitieran conocer al detalle los medios que el proletariado puede emplear para prepararse para la revolución. Esta ausencia de conocimientos experimentales pesó mucho sobre el pensamiento de Marx. Evitaba emplear fórmulas demasiado concretas, que hubieran tenido el inconveniente de consagrar las instituciones existentes, que le parecían mediocres. Tuvo pues la suerte de poder hallar en las costumbres de las escuelas alemanas un hábito de lenguaje abstracto, que le permitió evitar toda discusión detallista.³⁴

³⁴ Ya expuse en otra parte la hipótesis de que acaso Marx, en el penúltimo capítulo del tomo primero del *Capital*, quiso establecer una diferencia entre el proceso del proletariado y el de la fuerza burguesa. Dice que la clase obrera está disciplinada, unida y organizada por el mecanismo mismo de la producción capitalista. Hay quizá una indicación de una marcha hacia la libertad que se opone a la marcha hacia el automatismo que será señalada más adelante, a propósito de la fuerza burguesa (*Saggi di critica*, págs. 46-47).

No existe quizá mejor prueba que dar para demostrar el genio de Marx, que la notable concordancia que existe entre sus opiniones y la doctrina que el sindicalismo revolucionario construye hoy lentamente, trabajosamente, y sin salirse del terreno de la práctica de las huelgas.

III

La idea de la huelga general tendrá todavía mucho trabajo para aclimatarse en los medios que no están especialmente dominados por la práctica de las huelgas. Me parece utilísimo señalar aquí cuáles son las razones que explican la repugnancia que experimentan las gentes inteligentes y de buena fe, a quienes perturba la novedad del punto de vista sindicalista. Todos los adherentes de la *nueva escuela* saben cuánto debieron luchar para combatir los prejuicios de su educación, para descartar las asociaciones de ideas que acudían automáticamente a su mente, para razonar según modalidades que no correspondían a las que se les había inculcado.

En el curso del siglo XIX existió una increíble ingenuidad científica que es la continuación de las ilusiones que habían hecho delirar a fines del siglo XVIII.³⁵ Como la astronomía calculaba las tablas de la luna, se creyó que el fin de la ciencia era prever exactamente el porvenir; y porque Le Verrier pudo indicar la posición probable del planeta Neptuno —que no se había visto jamás y que se señalaba por las perturbaciones de los planetas visibles—, se creyó que la ciencia era capaz de corregir la sociedad y de indicar las medidas que debían tomarse para hacer desaparecer lo que el mundo actual encierra de desagradable. Puede decirse que esa fue la *concepción burguesa de la ciencia*, y corresponde perfectamente a la manera de pensar de los capitalistas que, ajenos a la técnica perfeccio-

³⁵ La historia de las supersticiones científicas presenta un interés de primer orden para los filósofos que quieren comprender el socialismo. Esas supersticiones son todavía muy queridas por la democracia, como fueron queridas para los espíritus selectos del Antiguo Régimen. Ya he señalado algunos aspectos de esta historia en *Les illusions du progrès*. Engels estuvo con frecuencia bajo la influencia de esos errores y Marx no estuvo siempre libre de ellos.

nada de los talleres, dirigen no obstante la industria y hallan siempre ingeniosos inventores para sacarlos del apuro. La ciencia es para la burguesía un molino que produce soluciones para todos los problemas que se presentan: ³⁶ la ciencia ya no está considerada como una manera perfecta de conocer, sino sólo como una receta para procurarse ciertas ventajas.³⁷

Ya dije que Marx rechazaba toda tentativa que tuviera por objeto la determinación de las condiciones de una sociedad futura; no se insistiría bastante sobre este asunto, porque vemos que Marx se situaba fuera de la ciencia burguesa. La doctrina de la huelga general niega también esta ciencia y los actos no dejan de acusar a la *nueva escuela* de tener solamente ideas negativas. En cuanto a ellos, se han propuesto el noble objetivo de construir la felicidad universal. No creo que los jefes de la socialdemocracia hayan sido siempre muy marxistas al respecto; hace algunos años, Kautsky escribió el prefacio de una utopía pasablemente burlesca.³⁸

Estimo que, entre los motivos que han llevado a Bernstein a separarse de sus antiguos amigos, hay que contar el horror que experimentaba por sus utopías. Si Bernstein hubiera vivido en Francia y hubiera conocido nuestro sindicalismo revolucionario, pronto habría notado que éste se encontraba en la verdadera vía marxista. Pero ni en Inglaterra ni en Alemania hallaba un movimiento obrero que lo pudiera orientar. Deseando permanecer atado a las realidades, como lo había hecho Marx, creyó que valía más hacer política social, persiguiendo fines prácticos, que adormecerse al son de bellas frases relativas a la dicha de la humanidad futura.

Los adoradores de la ciencia vacua y falsa que tratamos aquí, no se cuidaban casi de las objeciones que se les pudieran hacer respecto de la impotencia de sus medios de determinación. Su

³⁶ Marx cita esta curiosa frase de Ure escrita hacia 1830: "Esta invención viene en apoyo de la doctrina ya desarrollada por nosotros: que si *el capital enrola la ciencia*, la mano rebelde del trabajo aprende siempre a ser dócil" (*Capital*, tomo I).

³⁷ Para emplear el lenguaje de la *nueva escuela*, la ciencia era considerada desde el punto de vista del consumidor y no del productor.

³⁸ Atlanticus, *Ein Blick in den Zukunftsstaat*. E. Seillière ha ofrecido un relato en "Débats" del 16 de agosto de 1899.

concepción de la ciencia, derivada de la astronomía, debía suponer que todo es susceptible de ser reducido a una ley matemática. Evidentemente, en sociología no hay leyes de ese género. Pero el hombre siempre es sensible a las analogías que se relacionan con las formas de expresión. Se pensaba que ya se había alcanzado un alto nivel de perfección, y que se hacía ciencia si se podía presentar una doctrina de un modo simple, claro, deductivo, partiendo de principios contra los cuales el buen sentido no se rebela, y que pueden juzgarse confirmados por algunas experiencias comunes. Esta pretendida ciencia es toda charlatanería.³⁹

Los utopistas sobresalieron en el arte de exponer según esos prejuicios; les parecía que sus invenciones fuesen tanto más convincentes cuanto más conformes a las exigencias de un libro escolar fuesen sus exposiciones. Creo que se debe trastocar su teoría y afirmar que se necesita una mayor desconfianza cuando se está frente a proyectos de reforma social, en donde las dificultades parecen resueltas, aparentemente, de un modo más satisfactorio.

Quisiera examinar aquí, muy sumariamente, algunas de las ilusiones a las cuales ha dado lugar la llamada *pequeña ciencia*, que cree alcanzar la verdad cuando logra cierta claridad expositiva. Esta *pequeña ciencia* contribuyó mucho a crear la crisis del marxismo, y nosotros oímos todos los días reprocharle a la *nueva escuela* complacerse en las oscuridades que ya se le habían reprochado a Marx, en tanto que los socialistas franceses y los sociólogos belgas!...

³⁹ No se ha precisado en demasía lo débil que es la deducción en las ciencias psicológicas y morales... Hay que recurrir con urgencia al buen sentido, es decir, a la experiencia continua de lo real, para curvar las consecuencias deducidas y adaptarlas a las sinuosidades de la vida. *La deducción no se logra en lo moral sino metafóricamente*, por así decir" (Bergson, *Evolution créatrice*, págs. 231-232). Newman escribió algo parecido y más claro aún: "El logista transforma hermosos ríos sinuosos y rápidos en canales navegables... Lo que busca no es verificar hechos en lo concreto, sino hallar términos medios, y se conforma con que, entre esos términos y sus extremos, no haya lugar para *demasiados equívocos* y que sus discípulos puedan *sostener brillantemente una discusión «viva voce»*. No pide otra cosa (*Grammaire de l'assentiment*, págs. 216-217). El charlatanismo es denunciado aquí sin atenuantes.

Para dar una idea verdaderamente exacta del error de los falsos sabios, contra los cuales la *nueva escuela* combate, lo mejor es arrojar una mirada sobre esos conjuntos y hacer un rápido viaje a través de las producciones del espíritu, comenzando por las más altas.

A. 1º Los positivistas, que en grado eminente representan a la mediocridad, al orgullo y a la pedantería, habían decretado que la filosofía debía desaparecer ante *su ciencia*. Pero la filosofía no ha muerto y se ha despertado con esplendor, gracias a Bergson, que lejos de querer remitir todo a la ciencia, ha reivindicado para la filosofía el derecho de proceder de una manera del todo opuesta a la que emplea el sabio. Puede decirse que la metafísica ha reconquistado el terreno perdido mostrando al hombre la ilusión de las pretendidas soluciones científicas y llevando el espíritu hacia la región misteriosa que la *pequeña ciencia* aborrece. Lo positivo es admirado aún por algunos belgas, por empleados de la Oficina del Trabajo y por el general André: ⁴⁰ éstas son gentes que cuentan muy poco en el mundo del pensamiento.

2º No hay señales de que las religiones estén a punto de desaparecer. El protestantismo liberal muere porque ha pretendido, a toda costa, reducir la teología cristiana al plano de las exposiciones perfectamente racionalistas. A. Comte elaboró una caricatura del catolicismo, en la que no conservó más que el desecho administrativo, policial y jerárquico de esta Iglesia; su tentativa no tuvo éxito, excepto entre esas gentes que gustan de reirse de la simplicidad de sus engaños. El catolicismo retomó, en el curso del siglo XIX un vigor extraordinario, porque no ha querido abandonar nada: consolidó sus misterios y, cosa curiosa, gana terreno en los medios cultivados, que se burlan del racionalismo tan de moda antes en la Universidad.⁴¹

⁴⁰ Este ilustre guerrero (?) se ocupó, hace algunos años, de hacer separar del Colegio de Francia a Paul Tannery, cuya erudición era universalmente reconocida en Europa, en provecho de un positivista. Los positivistas constituyen una congregación laica que está pronta para todos los sucios menesteres.

⁴¹ Pascal protestó elocuentemente contra los que consideran la oscu-

3º En estos momentos nosotros consideramos como perfecta pedantería la antigua pretensión de nuestros padres de querer crear una ciencia del arte o aun de describir la obra de arte de una manera tan adecuada que el lector pudiese sacar del libro una exacta apreciación estética del cuadro o de la estatua. Los esfuerzos hechos por Taine respecto al primer objetivo son muy interesantes, pero sólo para la historia de las escuelas. Su método no nos proporciona ninguna indicación útil sobre las obras propiamente dichas. En cuanto a las descripciones, no valen gran cosa si las obras son escasamente estéticas o si pertenecen a lo que se suele denominar *pintura literaria*. La menor fotografía nos enseña cien veces más sobre el Partenón que un volumen consagrado a elogiar las maravillas de ese monumento; me parece que la famosa *Plegaria sobre la Acrópolis*, que tantas veces se ha alabado como uno de los más bellos fragmentos de Renán, es un ejemplo bastante notable de retórica, y es más propia para hacernos incomprensible el arte griego que para hacernos admirar al Partenón. A pesar de todo su entusiasmo (a veces gracioso y a veces confuso) por Diderot, Joseph Reinach tiene que reconocer que a su héroe le falta sentimiento artístico en sus famosos *Salones*, ya que Diderot apreciaba sobre todo los cuadros que podían originar disertaciones literarias.⁴² Brunetière pudo decir que los *Salones* de Diderot son la corrupción de la crítica, porque las obras de arte están tratadas allí como si fueran libros.⁴³

La inutilidad del discurso se debe a que el arte vive sobre todo de misterios, de matices, de lo indeterminado; cuando más metódico y perfecto es el discurso, más riesgo encierra de suprimir todo lo que distingue a una obra maestra, a la que reduce a las proporciones de un producto académico.

Este examen inicial de tres de los más altos productos del espíritu nos lleva a pensar que, en todo conjunto complejo, hay

ridad como una objeción contra el catolicismo, y es con razón que Brunetière lo estima como el más anticartesiano de los hombres de su tiempo. (*Etudes critiques*, 4ª serie, págs. 144-149).

⁴² J. Reinach, *Diderot*, págs. 116-117, 125-127 y 131-132.

⁴³ Brunetière, *Evolution des genres*, p. 112. El llama *filistea* a Diderot, por otra parte.

que distinguir una zona clara y una oscura, y que ésta puede ser quizá la más importante. El error de los mediocres consiste en admitir que esta segunda parte debe desaparecer por el avance de las luces y que todo acabará por colocarse en los planos de la *pequeña ciencia*. Este error es particularmente enojoso para el arte, y sobre todo acaso para la pintura moderna, que expresa, cada vez más, combinaciones de matices que antes no se hubieran tomado en consideración a causa de su poca estabilidad y de su difícil enunciación literaria.⁴⁴

B) 1º En la moral, la parte que puede expresarse fácilmente en las exposiciones claramente deducidas, es esa que se vincula con las relaciones equitativas de los hombres; encierra máximas que se hallan en muchas civilizaciones diferentes. Por tal motivo, se ha creído durante largo tiempo que podría encontrarse en un compendio de esos preceptos las bases de una moral natural propia de toda la humanidad. La parte oscura de la moral es la que trata de las relaciones sexuales: no se deja encerrar en fórmulas, y para interpretarla, es preciso haber vivido en un país muchos años. Es también la parte fundamental, y cuando se la conoce, puede comprenderse toda la psicología de un pueblo. Es cuando se advierte entonces que la pretendida uniformidad del primer sistema disimulaba, de hecho, muchas diferencias: máximas más o menos idénticas podían corresponder a aplicaciones muy diferentes. La claridad no era más que un engaño.

2º Todo el mundo ve de inmediato en la legislación que el código de las obligaciones constituye la parte clara, esa que puede denominarse científica. Aquí todavía se halla una gran uniformidad en las reglas adoptadas por los pueblos y se ha creído que existió un serio interés en redactar un código común fundado sobre una revisión razonable de los que ya existen. Pero la práctica demuestra también que, según los países, los tribunales no comprenden, en general, los principios comunes de

⁴⁴ Los impresionistas tuvieron el gran mérito de demostrar que esos matices podían captarse en la pintura. Pero algunos de ellos no tardaron en pintar académicamente, y de ahí resultó un escandaloso contraste entre sus obras y los objetivos que se habían propuesto.

la misma manera. Ello obedece a que existe alguna cosa fundamental. La zona misteriosa es la de la familia, cuya organización influye en todas las relaciones sociales. Le Play se mostró muy sorprendido por una opinión de Tocqueville al respecto: "Me asombra —dice este gran pensador— que los antiguos y modernos publicistas no hayan atribuido a las leyes sobre las herencias una influencia mayor en la marcha de los asuntos humanos. Esas leyes pertenecen, es verdad, al orden civil, pero deberían ser colocadas al frente de todas las instituciones políticas, ya que influyen increíblemente sobre el estado social de los pueblos, de los cuales las leyes políticas son la expresión".⁴⁵ Este juicio ha predominado en todas las investigaciones de Le Play.

Esta división de la legislación en una zona clara y otra oscura tiene una curiosa consecuencia: es muy raro ver a personas ajenas a las profesiones jurídicas disertar sobre las obligaciones. Comprenden que deben estar familiarizadas con ciertas reglas del derecho para poder razonar sobre estos asuntos: un profano se expondría a hacer el ridículo hablando de ello; pero cuando se trata del divorcio, de la autoridad paterna, de la herencia, todo hombre de letras se cree tan docto como un jurisconsulto, porque en esta región oscura no existen principios bien delimitados ni deducciones regulares.

3º En la economía, tal distinción es quizá más evidente aún. Las cuestiones relativas al cambio son de fácil exposición; los métodos de cambio se parecen mucho en cada país, y entonces no se corre un gran riesgo al proponer paradojas muy violentas sobre la circulación monetaria. Por el contrario, todo lo relativo a la producción presenta complicaciones a veces intricables. Allí es donde se mantienen con mayor firmeza las tradiciones locales. Pueden inventarse indefinidamente utopías ridículas sobre la producción sin chocar demasiado con el buen sentido de los lectores. Nadie duda que la producción sea la parte fundamental de la economía; es una verdad que desempeña un gran papel en el marxismo y que ha sido reconocido

⁴⁵ Tocqueville, *Démocratie en Amérique*, tomo I, cap. III. Le Play, *Réforme sociale en France*, cap. 17, IV.

aun por los autores que no han sabido comprender su importancia.⁴⁶

C. — Examinemos ahora cómo actúan las asambleas parlamentarias. Durante largo tiempo se creyó que su papel principal consistía en razonar sobre los más elevados temas de organización social y en especial, sobre las constituciones. Entonces podía procederse a la enunciación de principios, estableciendo deducciones y formulando, con un lenguaje preciso, conclusiones muy claras. Nuestros padres se distinguieron en esta escolástica, que comprende la parte luminosa de las discusiones políticas. Algunas leyes importantes pueden aún dar lugar a bellos torneos oratorios, desde que no se discute casi ya sobre las constituciones. Por ejemplo, en lo que respecta a la separación de la Iglesia y el Estado, los profesionales de los principios pudieron hacerse escuchar y aun aplaudir, e incluso se estuvo de acuerdo que raramente el nivel de los debates había sido tan elevado. Se estaba aún sobre el terreno propicio a la escolástica. Pero, más a menudo, se trata de leyes económicas o de medidas sociales; entonces se despliega con todo su esplendor la sandez de nuestros representantes: ministros, presidentes o informantes de comisiones, especialistas, rivalizan en quién será más estúpido. Es que aquí estamos en contacto con la economía, y el espíritu no es dirigido ya por simples medios de control. Para dar juicios serios sobre estos asuntos es preciso haberlos conocido por la práctica, y este no es el caso de nuestros honorables. Hay muchos representantes de la *pequeña ciencia*. El 5 de julio de 1905, un notable curador de enfermedades secretas⁴⁷ declaraba que no se ocupaba de economía política, por tener "cierta desconfianza por esta ciencia conje-

⁴⁶ En la *Introduction à l'économie moderne*, expuse de qué modo puede usarse esta distinción para aclarar muchas cuestiones que hasta aquí han permanecido embrolladas, y especialmente, apreciar de un modo exacto las tesis más importantes de Proudhon.

⁴⁷ El doctor Augagneur fue mucho tiempo una de las glorias de esta categoría de intelectuales que estimaban al socialismo como una variante del dreyfusismo. Sus enérgicas protestas en favor de la justicia lo llevaron a ser gobernador de Madagascar, lo que demuestra que la virtud es recompensada muchas veces.

tural". Por esto debe entenderse entonces que es más difícil razonar sobre la producción que diagnosticar los chancros sifilíticos.

La *pequeña ciencia* ha engendrado un número fabuloso de sofismas con los cuales se tropieza a cada paso y que sirven admirablemente para quienes poseen la mediana y cándida cultura que brinda la Universidad. Estos sofismas consisten en nivelar todo en cada sistema por amor de la lógica; así se reduciría la moral sexual a las relaciones equitativas entre los contratantes, el código de la familia al de las obligaciones, y la producción, al cambio.

Del hecho de haber el Estado, en todos los países y en todos los tiempos, reglamentado la circulación, ya sea monetaria, ya sea fiduciaria, o que constituyera un sistema legal de medidas, no resulta de ningún modo que, por amor a la uniformidad, convenga igualmente confiar al Estado la gestión de las grandes empresas.

Este razonamiento, no obstante, es de aquellos que seducen mucho a los medicastros y a los alumnos de la Escuela de Derecho. Creo firmemente que Jaurès no llegará a comprender jamás por qué la economía ha sido abandonada, por los legisladores holgazanes, a la tendencia anárquica de los egoísmos; si la producción es verdaderamente fundamental, como dice Marx, es criminal no colocarla en el primer rango, no someterla a una seria labor legislativa de sus aspectos más claros, es decir, no hacerla derivar de grandes principios similares a los que se utilizan respecto a las leyes constitucionales.

El socialismo es necesariamente algo muy oscuro, ya que se trata de la producción, es decir, lo que hay de más misterioso en la actividad humana, y se propone obrar una transformación radical en esa esfera, imposible de describir con la claridad que vemos en las regiones superficiales del mundo. Ningún esfuerzo mental, ningún adelanto en los conocimientos, ninguna inducción razonable logrará destruir el misterio que rodea al socialismo. Y, porque el marxismo le ha reconocido ese carácter es por lo cual ha adquirido el derecho de servir de punto de partida para los estudios socialistas.

Apresurémonos a declarar que la oscuridad mencionada se vincula solamente con la expresión por la cual se pretende ma-

nifestar los *medios* del socialismo; puede decirse que esta oscuridad es meramente *escolástica*. De todos modos, eso no impide que sea fácil representarse el movimiento proletario de manera total, exacta y sorprendente por la gran construcción que el alma proletaria concibiera en el decurso de los conflictos sociales, y que se denomina huelga general.

No hay que olvidar que la perfección de esta clase de representaciones se desvanecería instantáneamente si se tratara de resolver la huelga general en una suma de detalles históricos: es imprescindible *apropiarse el todo indiviso y concebir el paso desde el capitalismo al socialismo como una catástrofe cuyo proceso no puede ser descrito*.

Los doctores de la *pequeña ciencia* son, en verdad, difíciles de contentar. Afirman que no les complace admitir en el pensamiento sino ideas claras y definidas, —de hecho, esta es una regla que no basta para la acción, ya que no ejecutamos nada grandioso sin que intervengan imágenes coloreadas y dibujadas con limpieza, que absorben toda nuestra atención—; aún así, ¿puede hallarse, desde tal perspectiva, algo más satisfactorio que la huelga general? Pero, dicen, no conviene apoyarse más que en las realidades ofrecidas por la experiencia. ¿Es que el cuadro de la huelga general se compuso con la observación del movimiento revolucionario? ¿Será una obra deductiva creada por sabios que se preparan a solucionar el problema social según las reglas de la lógica? ¿Esto es algo arbitrario? ¿No es, por lo contrario, un producto similar a los que la Historia presenta en los períodos de acción? Se insiste en los derechos del espíritu crítico, y se los invoca. Nadie pretende negarlos. Es menester, sin duda, controlar ese cuadro, que es lo que traté de hacer más arriba; pero el espíritu crítico no consiste en absoluto en reemplazar los *datos históricos* por el *charlatanismo de una falsa ciencia*.

Si se desea criticar el propio fondo de la idea de la huelga general, es menester impugnar las tendencias revolucionarias que ella agrupa y que representa en la acción. El único modo serio apropiado consiste en señalar a los revolucionarios que se equivocan cuando se empecinan en actuar por el socialismo y que su verdadero interés consiste en convertirse en políticos: ellos lo saben desde hace mucho tiempo y su elección ya está

hecha. Como no se colocan en el terreno utilitario, los consejos que puedan dárseles serán inútiles.

Sabemos perfectamente que los historiadores futuros no dejarán de advertir que nuestro pensamiento estaba lleno de ilusiones, ya que ellos sólo verán a sus espaldas un mundo acabado. Por el contrario, nosotros tenemos que obrar, y nadie puede decir lo que advertirán esos historiadores; nadie sabría darnos el medio de modificar nuestras imágenes motrices de modo que se eviten sus críticas.

Nuestra situación se parece a la de los físicos que se arrojan a insignes cálculos partiendo de teorías destinadas a perecer. Ya se abandonó la esperanza de someter rigurosamente la Naturaleza a la Ciencia. El espectáculo de las revoluciones científicas modernas no es muy alentador para los sabios, y eso llevó a mucho gente a proclamar la bancarrota de la Ciencia. Con todo, habría que estar demente para darle la dirección de la industria a hechiceros, *mediums* o taumaturgos. El filósofo que *no busca la aplicación* puede situarse en el punto de vista del historiador futuro de las ciencias, y negar entonces el carácter absoluto de las tesis científicas contemporáneas. Pero resulta tan ignorante como el físico actual cuando se trata de saber cómo han de corregirse las explicaciones que éste ofrece. ¿Por ello ha de caerse en el escepticismo?

No hay ahora filósofos responsables que aceptan la postura escéptica. Su propósito primordial es demostrar, por el contrario, la legitimidad de una ciencia que no obstante desconoce muchas cosas y que se limita a definir relaciones útiles. Ello obedece a que la sociología se halla en manos de gentes inhábiles para cualquier comprensión filosófica, por lo cual se nos puede reprochar (en nombre de la *pequeña ciencia*), que nos quedemos satisfechos con procedimientos que se basan en la ley de la acción, conforme nos la revelan todos los grandes eventos históricos.

Practicar la Ciencia es saber, en primer lugar, cuáles son las fuerzas que existen en el mundo, y prepararse para utilizarlas de acuerdo a la experiencia. Por ello afirmo que si se acepta la idea de la huelga general, aunque se la estime como un mi-

to, se procede exactamente como el físico moderno, que confía en su ciencia de manera total, aunque sabe que en el futuro se la ha de considerar anticuada. Nosotros somos los verdaderos poseedores del espíritu científico, en tanto que nuestros críticos no están al corriente de la Ciencia y la Filosofía modernas. Semejante comprobación nos basta para tranquilizar nuestro espíritu.

CAPÍTULO V

LA HUELGA POLÍTICA GENERAL

- I. — *Cómo se sirven los políticos de los sindicatos. Presión que se ejerce sobre los Parlamentarios. Huelga general en Bélgica y Rusia.*
- II. — *Diferencias entre las dos corrientes de ideas que corresponden a las dos concepciones de la huelga general: lucha de clases; Estado; minoría pensante.*
- III. — *Los celos de los políticos. La guerra como fuente de heroísmo y como saqueo. Dictadura del proletariado y sus antecedentes históricos.*
- IV. — *La fuerza y la violencia. Conceptos de Marx respecto a la fuerza. Necesidad de una teoría nueva para la vivienda proletaria.*

I

Los políticos son gente prevenida, cuyos voraces apetitos les aguzan singularmente la perspicacia; la caza de buenos cargos desarrolla su astucia de apaches. Profesan horror a las organizaciones puramente proletarias, y las desacreditan cuanto pueden. Con frecuencia, niegan su eficacia, creyendo poder apartar a los obreros de esas agrupaciones sin porvenir, según dicen. Pero cuando advierten la impotencia de sus odios, y que sus objeciones no impiden el funcionamiento de los tan odiados